

COLECCIÓN BIBLIOTECA CHILENA

ZURZULITA

MARIANO LATORRE

ZURZULITA
Mariano Latorre

Edición crítica: Lilian Arévalo, Nicole Monti y Lorena Seguel

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 · Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl · 56-228897726
www.uahurtado.cl

- © Sucesión Mariano Latorre. Especiales agradecimientos a Emilio Pacull.
- © Lilian Arévalo, Nicole Monti y Lorena Seguel, de la edición general, la cronología y la bibliografía.
- © Hugo Bello Maldonado, de “La sociedad chilena y la renovación de la cultura escrita”.
- © Ricardo Latcham, de “La historia del criollismo” y de “El criollismo de Latorre”, prólogo a la edición de *Zurzulita* de 1949.
- © Aldo Torres, de “Breve apología de *Zurzulita*”.
- © Cedomil Goic, de “*Zurzulita*”.
- © Ignacio Álvarez, de “Una arcadía intransitiva: nuevas vueltas en torno al espacio natural de *Zurzulita* de Mariano Latorre”.
- © Natalia Cisterna, de “*Zurzulita*, entre el espejismo y los cercos de una modernidad patriarcal”.

ISBN libro impreso: 978-956-357-325-1

ISBN libro digital: 978-956-357-326-8

Impreso en Santiago de Chile
Noviembre 2021

Coordinadora colección Literatura
María Teresa Johansson

Coordinador colección Biblioteca chilena
Juan José Adriasola

Directora editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro M.

Diagramación interior y portada
Alejandra Norambuena

Imagen de portada
Gente de campo, de autor no identificado, hacia 1930. Fotografía patrimonial. Museo Histórico Nacional.
Retrato de Mariano Latorre. Fotografía patrimonial. Museo Histórico Nacional.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

COLECCIÓN BIBLIOTECA CHILENA

ZURZULITA

MARIANO LATORRE

Edición crítica

Lilian Arévalo, Nicole Monti y Lorena Seguel

La colección *Biblioteca chilena* publica una serie de obras significativas para la tradición literaria chilena en nuevas ediciones realizadas por un conjunto de académicos especialistas en literatura. En cada volumen se fija el texto con criterios estables y rigurosos, se proporciona un amplio aparato de notas y se ofrece un conjunto de materiales complementarios que garantizan una recepción informada por parte del público.

El objetivo de *Biblioteca chilena* es fomentar la relectura, valoración y difusión de los autores fundamentales del canon nacional, abriendo de este modo nuevas formas de apropiarse culturalmente de un conjunto de obras literarias en las que se despliega una versión relevante de la identidad y paisaje simbólico que denominamos Chile.

Cada volumen contiene:

- Un estudio crítico, redactado especialmente para la edición por un connotado académico, que proporciona la valoración e interpretación globales del texto.
- La historia del texto y sus criterios editoriales.
- La obra.
- Un *dossier* con los artículos más relevantes que se hayan publicado acerca de ella.
- Un cuadro cronológico.
- Una completa bibliografía de y sobre el autor.

El propósito final de *Biblioteca chilena* es conectar a las instituciones académicas con la comunidad, para animar de este modo un diálogo de largo plazo y consecuencias fecundas al poner nuevamente en el tapete la tradición literaria de nuestro país.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

La sociedad chilena y la renovación de la cultura escrita
Hugo Bello Maldonado 13

Historia del texto y criterios editoriales
Lilian Arévalo, Nicole Monti y Lorena Seguel.....37

ZURZULITA51

DOSSIER

Historia del criollismo
Ricardo Latcham349

El criollismo de Latorre (prólogo a la edición de 1949)
Ricardo Latcham387

Breve apología de *Zurzulita*
Aldo Torres397

Zurzulita
Cedomil Goic407

Una arcadía intransitiva: nuevas vueltas en torno al espacio natural
en *Zurzulita* (1920), de Mariano Latorre
Ignacio Álvarez.....443

Zurzulita, entre el espejismo y los cercos de una modernidad
patriarcal
Natalia Cisterna.....461

CRONOLOGÍA

Lilian Arévalo, Nicole Monti, Lorena Seguel491

BIBLIOGRAFÍA509

COLABORADORES527

INTRODUCCIÓN

LA SOCIEDAD CHILENA Y LA RENOVACIÓN DE LA CULTURA ESCRITA

Hugo Bello Maldonado



Campeño, 1920. Autor no identificado. Fotografía patrimonial.
Museo Histórico Nacional.

LA SOCIEDAD CHILENA Y LA RENOVACIÓN DE LA CULTURA ESCRITA

Hugo Bello Maldonado

Tras la bancarrota de la producción salitrera, en gran parte debido a su modo de producción rentista, especulativo y derrochador, que obraba en estrecho beneficio de la oligarquía nacional, se abre un tiempo de convulsiones de todo orden sobre el provinciano Chile. El país había comenzado, dos décadas antes, en la época de las vacas gordas del salitre, una experiencia de consumo masivo desde el punto de vista cultural y de mercancías, el que se concentraba en las dos grandes urbes del país: Santiago y Valparaíso.

El incremento del consumo de productos culturales sacude el ámbito de la prensa y la publicidad. Esto genera nuevos fenómenos tanto desde el punto de vista de la lectura como de la producción de materiales de lectura y propicia una mayor diversidad de textos, soportes textuales, formas de lectura, además de tipologías discursivas heterogéneas. Eso solo era posible porque la multitud de lectores, producto de las transformaciones políticas y culturales, impulsadas desde 1840 (Subercaseaux, 2000: 45), se había incrementado de manera sostenida. No es casual que, producto de estas transformaciones, en 1920 se decretase la primera ley orgánica de obligatoriedad de la educación primaria. La valoración que socialmente se hacía de la lectura, y de la instrucción en general, tenía suficiente evidencia entre las clases dominantes y las subalternas como para que se instruya por ley a todos los que nacían en tierra chilena. La

educación es, entonces, considerada un bien necesario para superar las condiciones de atraso en que se encontraba la nación.

Las novedades no se circunscriben a las publicaciones (diarios, revistas, semanarios, hojas sueltas, etc.) o a los hábitos de consumo (de modas en el vestir, de preferencias estéticas, etc.), sino, de modo primordial, a la estructura social, que abrió camino, poco a poco, a la emergencia de una clase media urbana y de un incipiente proletariado. Dejando atrás la condición de plebe anónima e iletrada, el paulatino proceso de democratización se ve reflejado en la constitución de una sociedad más heterogénea. Ello, finalmente, con consecuencias en la disputa del poder político, ya no circunscrito a una clase social excluyente y autorreferente. La ascensión de las masas proletarizadas y campesinizadas es lo que permite que Arturo Alessandri Palma (1868-1950) llegue al poder, quien se convierte en el primer presidente sin origen criollo-terratiente. La heterogeneidad de partidos y la incipiente formación política del respaldo popular se traduce en avances y retrocesos, pero, sobre todo, en la explícita conformación de un nuevo orden, en el que, pese a los engaños y el abuso, las clases medias, aliadas a las clases más despojadas, podían, de forma verosímil, revertir el orden instituido desde los tiempos de la Independencia. Se asomaba el resquebrajamiento de un régimen que no había sabido administrar su poder desmedido, pero, por otra parte, la nueva coalición política no sabía, y no podía, llevar adelante transformaciones de fondo. La Constitución de 1925 es en parte un ejemplo de esto. Se supera con ella la hegemonía sin contrapeso del grupo social minoritario acaudalado, elitista, pero, por otra parte, el peso de las masas populares no logrará capitalizar el poder político que procede de su fuerza numérica.

El proceso de transformación económica ha forjado clases sociales que abandonan su lugar de plebe para ascender a una organización de clase social que, de modo pausado, se modificará y organizará en diferentes formas de sociabilidad: sindicatos, federaciones, partidos políticos, publicaciones, escolarización y educación popular, en gran medida, emergidas del proceso de proletarianización que conllevó la explotación del salitre. Este auténtico imán

de la mano de obra que se encontraba dispersa entre campesinos y pobladores de las grandes urbes (obreros asalariados, gañanes, rotos, indígenas, inmigrantes, empleados del comercio, etc.) desplazó, desde campos y provincias, países lejanos y limítrofes, a miles de trabajadores que se vieron, por primera vez, en una relación laboral distinta a la que había dominado hasta ese momento. Surgía también con ello la solidaridad de clase, reflejada en mancomunales, sindicatos y periódicos que irrumpían frente al antiguo régimen que sometía a la población —particularmente a aquella de origen agrario— a una servidumbre atroz y desvergonzada. Con ello, de manera inseparable, surgían ideologías expresadas en discursos racistas, xenófobos, tendientes a reafirmar las relaciones de sujeción y dominio que ejercía la decadente oligarquía nacional, así como las relaciones de diferenciación entre algunos sectores medios con aquellos que en la escala social se encontraban en el fondo del sistema de subordinación.

Frente a la oligarquía liberal y terrateniente, la clase que más rápidamente se organiza y despliega en partidos, periódicos, cuadros intelectuales y sindicales es sin duda la clase media: una clase urbana, en lo fundamental, asociada productivamente al sector terciario, esto es, el de comerciantes y empleados, tenderos, artesanos, profesionales y técnicos procedentes de la formación universitaria y el contingente rotundo que provenía de las escuelas normales, los docentes. Tanto Mariano Latorre (1886-1955) como muchos de sus más cercanos, incluyendo a su esposa, provienen de esta condición social moderna, base y motor de las transformaciones más importantes del siglo XX. Con la activa participación de estas estructuras sociales, se fragua una prensa renovada, pero también un campo cultural e intelectual que se disputarán todas las clases, aunque el contingente medio y el oligárquico con mayor visibilidad. Esto propicia no solo enfrentamientos, sino también muchas alianzas explícitas e implícitas frente a un proletariado y campesinado ampliamente mayoritarios, pero despojados, menos preparados educacionalmente y singularmente homogeneizados en una extendida estigmatización étnica y cultural. Todas estas complejidades

ideológicas y discursivas, finalmente, se filtran de manera muy evidente en las expresiones literarias del período, en obras dramáticas, en las artes plásticas, en la música y en toda la literatura que precede y que rodea a la publicación de *Zurzulita* en 1920.

Es el contexto del criollismo o nativismo, una literatura que funda, en los orígenes étnicos y sociales (en la herencia biológica y en los hábitos arraigados en el pueblo desde los tiempos de la colonización, en el paisaje que rodea a esos personajes), un discurso literario que suscriba a una esencia que caracteriza, tipifica, determina y captura, al menos programáticamente lo pretende, los modos de ser de la comunidad nacional en aquellos aspectos que, aun por secundarios que sean, definen a una comunidad social y cultural. Esta tendencia narrativa y poética, que se identifica con un emergente nacionalismo, no es específica o única de Chile, sino que es una poderosa fuerza que se esparce en gran parte del continente, desde México hasta el sur del Cono americano.

En el panorama nacional, existe una sola clase dominante, compuesta, por un lado, por la burguesía santiaguina y porteña, representada por las mesnadas del derrotado presidente Balmaceda (1891) y, por otro lado, la oligarquía terrateniente (los vencedores), respaldada por el propio partido del presidente derrotado y por los oponentes a su Gobierno (los conservadores). Esta única clase dirigente, cuya hegemonía no tiene contrapesos, sostiene valores comunes en algunos planos, los que se imponen por sobre sus diferencias: su sentido de la propiedad, del bienestar, de la moral y de la belleza. Esta última es la que, a nivel continental, expresará el modernismo latinoamericano, que destila su influencia sobre todas las direcciones posibles, en un espacio cultural muy restringido aún, pero en progresiva expansión. En antagonismo con esa clase dirigente, está la población compuesta por las clases populares y medias —surgidas al calor de las transformaciones promovidas por la clase de los independentistas criollos—, que van a desarrollar sus propios medios de comunicación y promoverán sus propias preferencias en materia de gustos (no solo poéticos y artísticos). Estas clases antagonistas germinarán y se abrirán paso con la construcción

de discursos y costumbres que acentuarán las diferencias políticas y sociales vehiculizadas en el espacio simbólico-cultural. Tajante y vertical, el discurso —como ocurre con el poder político-militar— labra diferencias imaginadas: los discursos de la pertenencia étnica, por ejemplo, aquellos que las afirman y subrayan como determinantes en el obrar humano, surgidas en América en las “zonas de contacto” (al decir de Mary Louis Pratt, 2010); allí donde influyen focos de colonización europea o norteamericana, se distinguen de zonas donde la presencia de los influjos es menor o es distinta. Los discursos emergidos de las fricciones culturales elaboran diferencias y especificidades respecto de las capas sociales, las castas o clases, con subsecuentes formas de dominación y de obediencia entre los colonizadores, los criollos (herederos directos de los primeros) y los habitantes primigenios del continente. La proliferación de mestizajes e hibridaciones que se acrecentarán con la mixtura social en esta parte de la historia acelerará la mezcla y la interacción cultural desconocida hasta ese momento en el continente.

En el particular caso de la literatura, se desplegará el mismo sistema de preferencias literarias y artísticas consideradas en el modernismo, sistema que incluye un énfasis en lo fantástico a la vez que perpetúa tendencias realistas en auge, como el naturalismo, ajustándose, muchas veces, al delirio y a la ensoñación darianas, que se acumulaban de manera heterogénea, sintética y sincrética en *Azul...* (1888).

El sistema literario más influyente de la literatura latinoamericana descansa, en gran medida, en su carácter contradictorio, paradójico, omnívoro, que opera ampliándose y alcanzando modos y voces que antes no alcanzaron un lugar en la literatura del continente. Desde la época de la segunda modernización en adelante (la modernización liberal), se desprenden Martí y Darío, pasando por Herrera y Reissig, Lugones, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y Delmira Agustini. Con ellos y muchos más, el modernismo se extiende al máximo de su época en pluralidad de voces, tonos, metros, formas narrativas y poéticas que durante décadas no habían aparecido en la literatura de la lengua hispanoamericana. Sabido es el rumbo que la poesía de Darío tomó en este horizonte, dado

que reactivó formas arcaicas, a veces olvidadas por la tradición, y actualizó la lengua poética en una expresión de plenitud de cara a su pasado a la vez que afrontando el futuro.

Dicho de este modo, las concepciones formalistas o mecanicistas de la historia literaria veían en la reacción al modernismo cierta unidad de propósitos que explicaba la radical diferencia entre este y el nativismo naciente (denominado para otros como mundonovismo o novomundismo). Como parte de esta tendencia a ver una oposición de líneas irreconciliables entre nativismo (por definición localista) y modernismo (por definición cosmopolita) es que la crítica leyó y muchas veces descalificó la novela de Latorre, *Zurzulita*. Nuestra posición al respecto matiza y relativiza este sistema de oposiciones. En el trabajo de Latorre, que problematiza y se separa de las tendencias vanguardistas del período, es evidente un conjunto de líneas más de continuidad que de ruptura con las tendencias dominantes en el Siglo XIX, de continuidad con la oposición entre civilización y barbarie, por ejemplo, planteada a mediados de la centuria por Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888)¹.

Por el contrario, el modernismo consigue su alojamiento, precisamente, en un complejo proceso cultural que no desmiente la multiplicidad de la oferta de enfoques y perspectivas poéticas a veces contrarias. Del mismo modo que su productividad está ligada al impulso de la prensa y el periodismo, que se afirma en la heterogeneidad de los públicos de lectores que han emergido de la modernización (escolarización masiva, bibliotecas públicas, liceos, universidades, etc.). Un ejemplo de la expansión social y económica, con consecuencias recíprocas para la cultura, es la transformación que sufre la prensa que, a partir de 1920, muestra un crecimiento

¹ En una novela posterior a *Zurzulita*, en *Ully* (1923), narra la historia de un pintor capitalino que huye de su realidad hacia una zona del lago Llanquihue, donde viven unos laboriosos e idealizados alemanes. El pintor Labarga se enamora de la hija menor de la familia, pero su enamoramiento no es más que la neurosis de un hombre casado, padre de un hijo, que ve en los colonos un aire de la Europa que se le ha negado en un mundo de caminos polvorosos y de campesinos aindiados y miserables. Por su lado, Rubén Darío, en su “Álbum porteño”, sección de *Azul...* narra la historia de Ricardo, “poeta lírico incorregible”, que busca en las calles del Cerro Alegre de Valparaíso, para su inspiración, frente a la brutalidad del puerto, “niños rubios de caras angélicas”.

exponencial. En comparación con las transformaciones que ella ha experimentado desde su nacimiento en el continente y en el país, la prensa comercial dará paso a la manifestación de las voces de la oligarquía como a las de aquellas otras capas sociales que han emergido junto a sus inseparables matices políticos. La prensa moderna mediatiza sus preferencias culturales y estilísticas, sus específicas preferencias de consumo y de producción. El surgimiento de la prensa popular, destinada a lectores de una cultura subalterna y residual —mediada por periódicos, revistas y hojas sueltas, como la llamada *Lira Popular*—, tiene en la modernización de la prensa un correlato que muestra que el fenómeno de modernización es inclusivo o extensivo a las clases sociales emergentes, pese a la clase hegemónica. Comienza el florecimiento de revistas literarias tales como *Artes y Letras* o *Zig-Zag*, destinadas a un público que demanda bienes de mayor elaboración retórica y discursiva por parte del aparato de producción cultural, así como también una mejor elaboración de la materialidad misma (incorporación de colores y gráficas, dibujos y fotografías, variedad de tipos de imprenta y mejor calidad del papel, etc.). Este panorama es relevante para la comprensión de la novela de Latorre: en el acto de lectura de la novela se van a convocar las expectativas literarias y poéticas de los lectores que han transitado por el costumbrismo, el naturalismo, el realismo, etc., tales como la sensibilidad minuciosa y detallada de la belleza encarnada en los paisajes de la naturaleza abrupta e intacta que aún guardaba el paisaje americano, paisaje idealizado, sublimado y hasta divinizado en algunos casos, como expresión de una singularidad de lo nacional encarnado en su naturaleza determinante de carácter y en la psicología de las naciones criollas.

“Jorge Hübner y yo andamos con Mariano Latorre, Gabry Rivas, Ángel Cruchaga Santa María, Juan Guzmán Cruchaga, Pedro Sienna, La Wini, Alfredo Guillermo Bravo, Waldo Urzúa, Fray Apenta (Alejandro Baeza), Ricardo Abarzúa, Adolfo Allende²,

² “Adolfo Allende conocía profundamente el desarrollo musical de Chile y buscó con pupila original las manifestaciones folklóricas características de nuestro pueblo. Fue tal vez uno de los primeros que

Daniel de la Vega y Armando Vidal” (158), escribe el poeta Pablo de Rokha en sus memorias. Son los aledaños de 1912. El grupo encarna la bohemia juvenil modernista, a la que influye uno de los poetas hegemónicos del período: Vicente Huidobro. El otro poeta influyente, pero ajeno a las andanzas de este grupo, es Pedro Prado, más distante de Latorre (aunque *Alsino*, 1920, debería ser leído en contraste y polémica con la prosa de Latorre) y De Rokha, ambos maulinos, ambos pertenecientes a una pequeña burguesía provinciana, ambos ambiciosos de hundir y disputar la sensibilidad de los hombres siúticos que se cobijaban en el poder de los grandes diarios y de las instituciones políticas, para fantasear y ensoñar con un mundo de ingenuidad y espiritualismo. La contraseña poético-estética de esta pléyade de jóvenes artistas noctámbulos es el modernismo y, posteriormente, la revista *Claridad* (1920-26), órgano de difusión de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, un faro y referente de las ideas convulsivas que irrumpen en el período. Si hay una característica que los congrega, más allá de los intereses artísticos y etarios, es que se trata de un grupo que, mayoritariamente, ha arribado desde las provincias a la capital de la nación. En Chile, la vanguardia histórica, que encabezarán Huidobro, Neruda, De Rokha y Emar, está por ahora lejos de desplegar sus fantasías y provocaciones lingüísticas, y más aún de influir en las formas de producción literaria y en las preferencias estéticas de los jóvenes escritores del período. Sin embargo, todos se han desprendido, más críticos unos y menos otros, de las alas del modernismo que los ha cobijado hasta muy entrados los años 20. En términos de preferencias artísticas de este diseminado colectivo de músicos, poetas, periodistas e intelectuales, las tendencias serán el nacionalismo, la indagación en las bases autóctonas y la expresión de las determinantes telúricas del arte en sus diversas manifestaciones. Sin embargo, este movimiento heterogéneo y diverso que cuestiona los aspectos permanentes de un arte anquilosado, academicista

redujo a pentagrama las danzas de chinos de Andacollo y de los santuarios del Norte Chico”. Así indica una nota necrológica escrita por Eugenio Pereira Salas en 1967, en la *Revista Musical Chilena*.

y conservador (ver Patricio Lizama, 1994), ciertamente, tiene un impulso de renovación en dos novelas: *El roto*, de Joaquín Edwards Bello, y *Zurzulita*, de Latorre. Estos dos proyectos, apalancados en muchos de los recursos narrativos y en las tendencias heredadas por la modernización literaria modernista, dan a conocer los modos e inclinaciones culturales de sujetos que, a pesar de ser una amplia mayoría nacional, no tenían un lugar en el imaginario literario de la época. La salvedad la había constituido la literatura de Baldomero Lillo. En esa misma línea de trabajo, estas nuevas obras venían a profundizar la singularidad de la compleja realidad social chilena.

ZURZULITA (1920)

La novela *Zurzulita*, subtitulada *Sencillo relato de los cerros*, fue precedida por dos libros: *Cuentos del Maule* (1912) y *Cuna de cóndores* (1918). Ambos conjuntos de relatos le abrieron puertas y un espacio entre la constelación de escritores que, en contexto de agitación y ordenamiento de fuerzas políticas e ideológicas, situaron el nombre de Latorre entre los más selectos, pese al inmediato rechazo que obtuvo de críticos como *Alone* (1992: 43-47), quien desdén sostenidamente, en varias de sus crónicas literarias, el modo “huaso” del habla que caracterizaba a los personajes de Latorre. Es Emilio Vaïse, sacerdote francés, que escribía bajo el seudónimo de Omer Emeth, quien exaltó la interés de su obra, por mostrar, a su juicio, la fuerza determinante del paisaje chileno como protagonista esencial de la literatura de un país que define su carácter por la fuerza de sus espacios geográficos. Para Latorre, como para Emeth, el paisaje determina el carácter de los individuos y el personaje literario no es sino una proyección más o menos fiel de ese paisaje. En 1947, Latorre afirmaba: “La multiplicidad es el carácter del paisaje chileno. Y múltiple es también la psicología de su poblador, pero paisajes y hombres son unos (sic) en su pluralidad. Por esto, es difícil, si no imposible, plasmar un arquetipo de raza, desde el punto de vista artístico” (1995: 194).